

quedado viudo, hizo los estudios necesarios para sacerdote y se ordenó ya realizada completamente la Independencia. Pocas noticias se tienen ya de su vida, y se sabe únicamente que en 1836 era Canónigo de la Catedral de Morelia y que algún tiempo después fué Gobernador del Obispado de Michoacán; ignoramos la fecha de su muerte.

Don José María era admirador de su hermano Don Ignacio, al que siguió casi siempre, y con él conservó mejores relaciones fraternales que con Don Ramón y Don Rafael, que á su turno casi siempre estuvieron unidos. Las penalidades y trabajos que sufrió después de la rendición de Cóporo y las tristes circunstancias á que se vió reducido y que lo obligaron á ir á impetrar auxilios de la Junta de Jaujilla, fueron las causas de su demencia, la que empezó con manifestaciones de violencia, de las que fueron objeto los miembros de esa Junta.



DON MIGUEL BRAVO

Fué el segundo de los hermanos Bravo que se lanzaron á la revolución en Mayo de 1811 cuando las fuerzas de Morelos, mandadas por Galeana, se presentaron en la hacienda de Chichihualco. Sea porque el Sr. Morelos descubriese en él algunas aptitudes guerreras ó porque lo viese persona formal y con hábito de mandar, le dió desde luego el mando de una pequeña fuerza en el ataque que dió pocos días después á Chilpancingo, y lo utilizó en las ocupaciones de Tixtla y de Chilapa. En Chautla Don Miguel recibió el mando de un Cuerpo de cuatrocientos hombres, con el que debía dirigirse á Oaxaca, y llevó como segundos á Don Valerio Trujano y á Don Julián Avila, y al principio no encontró enemigos; en Ometepec se encontró con París, que le hizo prisionero al Mariscal padre Don José Antonio Talavera, que fué remitido á Oaxaca: el 29 de Enero de 1812 se libró la batalla en la que Bravo quedó derrotado, á pesar de que se defendió valerosamente é hizo funcionar con acierto el único cañón que tenía y que le fué quitado á la bayoneta; también perdió al Capitán García y á dos oficiales, que fueron fusilados. Frustrada de esa manera la expedición á Oaxaca, Bravo regresó á Izúcar, y el 8 de Febrero entró en Cuautla con su división ya convenientemente reforzada, pues constaba de cuatrocientos hombres de infantería y caballería y tres cañones; Trujano se ha-

bía separado para tentar fortuna en Oaxaca.

En Cuautla contribuyó á rechazar el ataque de 19 de Febrero, y antes de que la plaza quedase circunvalada salió de ella, así como Larios y el Cura Tapia, para estar en observación y ayudar á la introducción de víveres y á las salidas que hiciesen los sitiados; no obstante que la mayoría de sus fuerzas eran de caballería, para no ser sorprendidos se fortificaron hábilmente "en Ocutituco y Tlayacac, desde donde amenazaban con un movimiento combinado, que obligase á los sitiadores á abandonar los puntos de la línea distantes entre sí, y aunque fuese difícil que pudiesen lograr tal intento, ponían siempre á Calleja en la necesidad de estar con mucha vigilancia, á tener pronta alguna fuerza disponible y á fatigar al ejército, sin poder separar de él los Cuerpos que era indispensable destinar á la escolta de los convoyes, pues separados de los puntos que guarnecían, quedaban expuestos á ser sorprendidos por un enemigo vigilante." Con el objeto, pues, de destruir ó alejar las fuerzas de Bravo que continuamente se dejaban ver sobre las avanzadas de los sitiadores, incomodando á los forrajeros, hizo salir Calleja el batallón de Lobera al mando del Mayor Enríquez y cuatrocientos caballos á las órdenes de Morán y Flon, con dos cañones; esta división marchó durante la noche y en la madrugada del 16 de Marzo logró sorprender á los insurgentes, á quienes desbarató no obstante que ocupaban una buena posición en los cerros del rancho de Mayotepec, y de que habían reunido ochocientos caballos, mil quinientos indios honderos y tres cañones.

Muy pocos días después volvió á rehacerse Don Miguel Bravo, y el 28 del mismo mes de Marzo, unido á Larios y á Tapia, atacó en Malpais, al Norte de Cuautla, el convoy que conducía Armijo; ocupaban los insurgentes ambos lados del camino, y aunque fueron batidos no perdieron su artillería; Armijo fué auxiliado por el Batallón de Asturias, que libró una seguida batalla con Bravo; Calleja dice de ella "que en

su línea había pocas acciones en aquella campaña que pudieran comparársele." Don Miguel, con gran constancia, reunió nuevos elementos, y se situó en Tlayacac, donde de acuerdo con Matamoros, que había salido de la plaza, trató de introducir provisiones por Amelcingo y Barranca Hedionda; el 27 se intentó la operación, pero advertido Calleja á tiempo, había establecido una nueva batería, y aunque se vió acometido furiosamente por Bravo, por los sitiados y por otros mil quinientos que atacaron el mismo campamento del jefe realista, fueron todos rechazados, no sin que corriese riesgo de caer prisionero todo el batallón de Lobera, y perdieron todo el convoy. Este fracaso fué el que obligó á Morelos á romper el sitio, pues ya materialmente no tenía provisiones para sostenerse en la plaza.

En Ocutituco esperaba Bravo á los dispersos de Cuautla y allí llegó Morelos, que se encontró con una pequeña fuerza que fué el núcleo del nuevo ejército que con gran rapidez empezó á formar, y se trasladó á Chiautla, donde al mes ya tenía regular número de soldados; Don Miguel acompañó al caudillo á Chilapa y Tixtla, que fueron recobradas por los insurgentes, y en seguida (Julio de 1812) salió en auxilio de Trujano, que estaba sitiado en Huajuápam, pero Caldelas lo desbarató, le quitó dos cañones y lo obligó á replegarse sobre Morelos, que le seguía, y el que al fin hizo levantar el sitio. Estaba Bravo en Tehuacán cuando supo la muerte de su hermano Don Leonardo, que le afectó bastante; Morelos, para distraerle, lo envió á expedicionar por las Mixtecas, donde reunió dos mil hombres, y se dirigió después á incorporarse al grueso del ejército, que marchó sobre la importante plaza de Oaxaca; en esta función de armas estuvo á las órdenes de Galeana y ocupó el punto del Marquesado. Despachado á Jamiltepec, en la costa, se hizo dueño de todas las poblaciones de aquella y en unión de su hermano Don Víctor, consiguió que todas las fuerzas realistas se refugiasen en el castillo de Acatapulco y que el Comandante Rionda saliese

para México; al mismo tiempo auxiliaron á su otro hermano Don Máximo, que se encontraba en aquellos rumbos, y terminada esa campaña se acantonaron los tres en Chilapa para tener en respeto á los realistas de Palizada, mientras Morelos proseguía con toda libertad las operaciones que dieron por resultado la capitulación del citado castillo.

Don Miguel recibió el encargo de cuidar de la seguridad del Congreso mientras que el Generalísimo se dirigía sobre Valladolid, y al efecto se situó en Totolcintla con mil hombres, y tuvo por segundo á su hermano Don Víctor. Como se previó sucedió, pues derrotado Morelos, el Sur fué invadido por diversos puntos, forzados los vados del río de Mexcala, á los que no pudieron atender los dos hermanos, y el Congreso emprendió una peregrinación difícil y llena de peligros. Don Miguel, cuyas fuerzas estaban muy disminuidas por haber tenido que reforzar varias veces á su hermano, siempre atacado por fuerzas superiores, estaba en Chila cuidando el paso del río en ese punto intermedio entre el Sur y Oaxaca; Lamadrid marchó contra él y logró rodearlo, por lo que, á pesar de la desesperada resistencia que opuso y de haber conseguido rechazar varias veces á los realistas, fué hecho prisionero; fusilados los insurgentes que le parecieron menos importantes, condujo á Don Miguel y á los demás á Puebla, donde el Consejo de Guerra que lo juzgó lo condenó á ser fusilado, sentencia que se verificó el 15 de Abril de 1814 en aquella ciudad.

El sitio de la ejecución fué el llamado hoy Paseo Nuevo, y en él se colocó, por decreto del Congreso de 1824, un pequeño monumento rematado por el busto de Bravo, pero la administración de Don Muñoz Martínez, ignorante de las leyes, lo mandó destruir, substituyéndolo por un monumento á la Independencia, en el que no hay la menor alusión á Don Miguel Bravo; es difícil que, en vista de lo hecho, se repare la injusticia cometida. El caudillo mencionado tenía el grado de Mariscal de campo del ejército independiente, y fué el segun-

do de la familia que subió al cadalso por haber servido la causa nacional desde el principio de la revolución con valor y constancia; está declarado benemérito de la patria y su nombre debe inscribirse con letras de oro en el salón del Congreso.



DON RAFAEL RAYON

Fué el penúltimo de los hermanos que se lanzaron á la revolución, á instigaciones de Don Ignacio, y como todos ellos, á excepción de Don Francisco, consiguió ver realizada esa Independencia, por la que combatió con decisión durante varios años.

Nació en Tlalpujahua ó en sus cercanías, y cuando estalló la guerra se encontraba dedicado á la administración de los bienes de la familia, pues después de Don Ramón, era el más competente en asuntos mercantiles; todo lo dejó, sin embargo, para seguir las banderas de Hidalgo, y estuvo en todo el primer período de la guerra en el ejército de Hidalgo, siguiéndolo á las Cruces, Aculco, Valladolid, Guadalajara, Calderón, Zacatecas y el Saltillo, quedando desde entonces á las órdenes de Don Ignacio, con el que asistió á las acciones de Zacatecas y del Maguey, y regresando á Michoacán.

Parec que por entonces (Mayo de 1811), hizo un viaje á la capital para conferenciar con Don Ramón y acabarlo de decidir á la revolución; el hecho es que ya aparece al lado de él cuando se procedió á fortificar la plaza de Iztácuaro. Salió de ella acompañando á la Junta allí establecida, y quedó por algún tiempo en la provincia y en las cercanías de Tlalpujahua, hasta que se resolvió la fortificación del Cerro del Gallo, á la que contribuyó bastante. En Agosto de 1812 fué enviado, ya con el grado de Brigadier, á San Miguel el Grande y

la Sierra Gorda, como Comandante de esos puntos y consiguió obrar de acuerdo con el Dr. Cos, que era su superior y que tenía nombramiento de Licéaga; cuando los disturbios entre éste y Don Ignacio se hicieron graves, Don Rafael fué á Tlalpujahua á recibir instrucciones, y de ellas resultó que Cos tratase de mediar entre los dos miembros de la Junta. En su acantonamiento tuvo frecuentes encuentros con las partidas realistas, con diversa fortuna, y dos veces se vió obligado á internarse en lo más intrincado de la Sierra, hasta que en Marzo de 1813 fué llamado por su hermano mayor para que lo ayudase á la defensa del campo de Gallo; en 26 de ese mes entró en Tlalpujahua con trescientos cincuenta hombres bien armados y disciplinados.

Al mes siguiente acompañó á Don Ramón, que iba á conferenciar con Licéaga y que sólo consiguió verse derrotado en Salvatierra, á la vista de aquel Vocal; apenas repuestos de la derrota, volvió Don Rafael á Guanajuato, pues su hermano no quería dejar de ejercer jurisdicción sobre esa provincia, y allí continuó la guerra obteniendo pequeñas ventajas sobre algunas partidas realistas, siendo la más notable de las acciones que sostuvo la del 5 de Noviembre en la hacienda de San Antonio, inmediata á Celaya, en la que derrotó al Capitán Gallardo, quitándole 200 caballos, un cañón, 52 fusiles, muchas otras armas y gran número de cabezas de ganado: el realista quedó muerto en el campo. Como se acerca-se la época de la expedición á Valladolid, ideada por Morelos, todos los insurgentes recibieron instrucciones para ayudarla en sus posibilidades, y á Don Rafael llegaron instrucciones de entorpecer la marcha de Iturbide, ya que no era posible que unido á Don Ramón, atacase á Llano; Don Rafael se situó en Santiaguillo (20 de Diciembre), donde fué completamente derrotado por Iturbide.

No asistió al ataque de aquella ciudad, no obstante que fué en pos del jefe realista; pero sí á la batalla de Puruarán, en la que unido á Don Ramón recibió muy pocos da-

ños y se retiró á la Barranca y á Tajimaroa para regresar á Guanajuato, donde fué batido repetidas veces por Iturbide y otros jefes realistas. Para evitar caer en manos de sus enemigos, pues la revolución declinaba rápidamente y la provincia de Guanajuato se pacificaba á gran prisa, salió de ella rumbo á la de Michoacán, y durante algunos meses permaneció en la inacción; al fin concurrió á la fortificación y defensa de Cópore (1815), y no se apartó mucho de esa fortaleza durante los dos años que aún permaneció en poder de Don Ramón. Quedó comprendido en la capitulación, no obstante que no estaba en el fuerte, sino que se hallaba con Don Ignacio por Tancítaro, pasando innumerables trabajos á causa de las asechanzas que les tenían los insurgente ya indultados; sin embargo, le favoreció aquélla, pues habiendo caído en poder de Vargas, fué rescatado por una partida que á Don Ramón franqueó el Comandante Aguirre, y quedó en libertad, de la que se aprovechó para volver á Tlalpujahua y dedicarse al cuidado de sus mermados intereses.

Ya no tomó parte en la revolución de Iturbide, no obstante que la vió con simpatía, y lo que hizo fué ponerse á las inmediatas órdenes de este jefe, con el que entró á México el 27 de Septiembre de 1821. Desde entonces lo sirvió con tal fidelidad, que aquél lo nombró jefe de su escolta particular y lo hizo Coronel. Desempeñaba ese puesto cuando falleció á consecuencia de una afección cardíaca, en México, el año de 1823, pocos días antes de la caída del Emperador.

Las biografías de los cinco hermanos Rayón, que hemos esbozado, da idea de los servicios que todos ellos prestaron á la causa de la Independencia, y hacen que se les considere como una familia de patriotas distinguidos.



DON FRANCISCO AYALA

Este insurgente pertenece al número de los muy poco conocidos, y á reparar en parte tal injusticia, van encaminadas estas pocas líneas.

No se tienen pormenores acerca de sus primeros años; y únicamente se sabe que era acomodado, que gozaba fama de hombre de bien y era bastante considerado de las autoridades por haber desempeñado el puesto de Capitán del Tribunal de Acordada, y en ese empleo, con pocos hombres, había purgado el valle de Cuautla de ladrones y bandidos, mostrando siempre un valor que rayaba en temerario.

Al estallar la guerra de Independencia, Ayala vivía retirado con su familia en la hacienda de Mapaxtlán, que era propiedad suya; simpatizó con la revolución, pero no tomó parte en ella, detenido indudablemente por el cariño que profesaba á su familia.

El Comandante realista de aquel departamento, Don Joaquín Garcilazo, lo quiso obligar repetidas veces á que con sus dependientes se alistara en las filas de las tropas reales, y Ayala resistió constantemente bajo diversos pretextos, con lo cual se hizo sospechoso á las autoridades, que en todo criollo veían á un enemigo. Por aquellos días el Comandante realista Moreno derrotó y dió muerte en la hacienda de Jalmolonga, al guerrillero J. Toledano, encontrándose sobre el cadáver del insurgente unas cartas del jefe independiente Don

Ignacio Ayala, encargado del mando del Veladero por Morelos. Sin atender á la diferencia de nombres y lugares, guiado únicamente por las sospechas infundadas que abrigaba, Moreno dispuso apoderarse de la persona de Don Francisco Ayala, reuniendo al intento una partida de soldados, con los cuales llegó á Mapaxtlán el 16 de Mayo de 1811, á las 2 de la tarde, y quedándose con la fuerza á corta distancia, mandó á dos españoles para que se informaran en dónde estaba el que iba á aprehender. Ayala comía tranquilamente con su familia, muy ajeno á lo que le iba á pasar; al acercarse los dos exploradores á la puerta, les instó para que entraran; los espías rehusaron y dieron la señal convenida con Moreno para avisar la presencia de Ayala. Avanzó entonces el jefe realista mandando á su gente que hiciese fuego sobre la casa; las balas atravesaban fácilmente las débiles paredes, y una de ellas hirió mortalmente á la esposa de Ayala. Este, viéndose acometido, y mirando correr la sangre de su compañera, tomó sus pistolas y con ellas se dirigió á la puerta; de un tiro dejó muerto á sus pies á uno de los españoles, llamado Piñaga; el otro huyó, y quedando franca la puerta, pudo montar Ayala en su caballo, y con la espada en la mano, abrióse paso por entre sus aterrorizados enemigos, que no se atrevieron á seguirlo, conocedores, como eran, de su gran valor.

Los realistas volvieron después y dieron fuego á la choza en que yacía la mujer moribunda con un niño de corta edad en los brazos. Ayala rondó por las inmediaciones de Mapaxtlán hasta informarse en aquella noche de que su esposa y su hijo habían sido salvados por un criado y se ocultaban en una barranca. Con esta noticia, no quiso alejarse mucho de aquellos lugares, y se ocultó en el pueblo de Nenecuilco; pero se hizo público su escondite por habersele reunido doce de sus rancharos, que mucho le querían, y sus dos hijos. Moreno, sabedor de la presencia de Ayala en aquel pueblo, reunió de nuevo su fuerza y marchó resuelto á apoderarse de él. Al llegar á Nenecuilco, Ayala y los suyos se habían

posesionado de una vivienda contigua á la iglesia y de las bóvedas de la misma iglesia, dejando amarrados los caballos en los árboles del cementerio, y desde allí hacían un fuego certero, aunque lento, contra los que se acercaban, economizando cuidadosamente las municiones.

Así se defendieron largo tiempo, hasta que acosados por el hambre y con pocos cartuchos que quemar, Ayala y los que le acompañaban bajaron resueltamente al atrio, tomaron sus caballos y acuchillaron á los más atrevidos que atrás se quedaron al emprender la fuga Moreno con su partida. Ayala se dirigió á Huichilá, cerca de Tenextepango, siempre con el ánimo de saber de su esposa y de su hijo: informáronle que aquélla había muerto en Cuautla después de tres días de padecimientos, y que el niño había sido recogido por una persona de confianza. Tantos males gratuitos no podían quedar sin ser vengados. Ayala se dirigió á Chilapa, en donde estaba Morelos, á quien se presentó, é hizo la relación de sus desgracias. El caudillo insurgente escuchó á Ayala con bondad, le nombró Coronel y le comisionó para reclutar tropas. En efecto, reunió un pequeño escuadrón y siguió desde entonces á Morelos, portándose en todos los encuentros más bien como soldado que como oficial, dando muestras á cada paso de un valor brusco y temerario, que indicaba cuando menos el absoluto desprecio con que veía la vida.

Concurrió al sitio de Cuautla, donde quedó á las órdenes de Galeana; salió al frente de los que le rompieron, y en Chiautla de la Sal fué de los primeros en incorporarse, como punto señalado para la reunión. Después de la salida de Chiautla mandóle Morelos á hacer una correría por diversos pueblos del valle de Cuernavaca; en su marcha se vió atacado de unas calenturas que le obligaron á detenerse en la hacienda de Tenequelpam, cerca de San Gabriel. Varios días permaneció postrado por la enfermedad, hasta que de improviso le avisaron que los realistas se acercaban. Esto ocurrió en Junio de 1812. Armijo, con 150 lanceros y la Compañía de Cuautla, fué

quien se presentó sobre la casa de Ayala. Tenía éste á la sazón muy pocos compañeros, y aunque cogidos por sorpresa, rechazó, con treinta hombres, á los asaltantes, y se mantuvo firme en su posición casi todo el día: sus dos hijos habían muerto, algunos de sus compañeros estaban fuera de combate, y sin embargo, Ayala, continuó resistiendo, sin cejar un punto.

No pudiendo los realistas penetrar en la casa, le prendieron fuego; Ayala tuvo que retirarse delante de las llamas hasta quedar reducido á un pequeño espacio, en donde, por el incendio y por las balas, perecieron aún otros de sus compañeros. Acabardado el resto, huyó como pudo, y Ayala continuó combatiendo, sólo, hasta que consumido el último grano de pólvora, le hicieron prisionero. Armijo marchó para el pueblo de San Juan, y á la entrada de Yau-tepec mandó fusilar á Ayala, y colgar su cadáver y los de sus hijos en los árboles del camino.

Así terminó la breve pero gloriosa carrera de Ayala, que en aras de la patria derramó su sangre y la de sus hijos. Como hemos dicho, era hombre de valor á toda prueba, honrado, sumiso á sus jefes, querido de sus soldados, sabiendo comunicarles el valor que le animaba. Ayala habría sido un famoso guerrillero, pero le faltó la sangre fría que nunca debe perder un jefe, y exponía su vida hasta perderla, como sucedió, lo que motivó que su historia de insurgente fuese tan corta.



DON VICTOR BRAVO

Aunque no tuvo la notoriedad que su sobrino Don Nicolás ni los grados que sus dos hermanos mayores, sus servicios fueron notables y distinguidos, y le dan un lugar preferente entre muchos de los caudillos de la Independencia.

Tomó las armas en Chilpancingo, al mismo tiempo que sus parientes, en Mayo de 1811, y desde el primer día tuvo el mando de una pequeña sección del ejército, con la que asistió á la ocupación de Chilpancingo, Tixtla y Chilapa; marchó en seguida rumbo á Oaxaca á las órdenes de Don Miguel, pero rechazado éste, regresó al Norte y fué enviado á Cuernavaca y Cuautla y mandando las avanzadas insurgentes llegó hasta Amecameca, enviando algunas pequeñas partidas á Chalco. En el asalto general dado por Calleja á Cuautla antes de emprender el sitio, Don Víctor, como segundo del Cura Matamoros, estuvo encargado de la defensa del punto de la hacienda de Buenavista, de donde consiguió rechazar á los realistas, que varias veces estuvieron á punto de apoderarse de los parapetos y entrar al recinto fortificado.

Habiéndose reunido en Tamasulapan el padre Mendoza, Don Víctor Bravo, y Trujano, con muchos negros de la costa y gente de toda la Mixteca, desde allí marcharon con una fuerza de cuatro mil hombres y nueve cañones á intentar nuevo ataque sobre Yanhuitlán, haciendo que toda su gente se juramentase en el pueblo in-

mediato de San Bartolo, á vencer ó morir. Con este compromiso, entraron con tal denuedo, que ocuparon casi todo el pueblo, situando sus cañones en las bocas de las calles que salen á la plaza, y para abrir troneras en los edificios y comunicar éstos unos con los otros, emplearon una Compañía de zapadores, á la que dieron el nombre de "tuzeros," tomado del animal llamado tuzú, que socaba y taladra la tierra en los campos. Continuados fueron los ataques en los días 11 á 15 de Marzo, y aunque Régules en una salida tomó un cañón y desde cinco casas fortificadas impedía que se aproximasen á atacar el recinto atrincherado del cementerio de la Parroquia, al que estaba reducido con su tropa y todos los vecinos del lugar, los insurgentes ocupando las alturas circunvecinas, en las que tenían situada parte de su artillería, y habiendo cortado toda comunicación á los sitiados, tenían en su favor todas las probabilidades del triunfo, mas repentinamente el 15 en la madrugada suspendieron sus fuegos y á las cinco de la mañana emprendieron su retirada en buen orden, llevándose consigo su artillería y petrechos, sin que Régules se atreviese á seguir el alcance. Este movimiento fué causado por la orden que Bravo recibió de Morelos para marchar en su auxilio, hallándose cuando la dió, atacado en Cuautla, en cuyo memorable sitio hizo Don Víctor Bravo y su hermano Don Miguel todos los esfuerzos posibles para introducir víveres en la plaza é impedir que Calleja los recibiese.

Se incorporó en Chiautla al ejército y allí se ocupó en instruir á los reclutas mientras salía á expedicionar por el rumbo de Oaxaca, donde sufrió varios reveses; estuvo en Tehuacán con todo el ejército y cooperó á la ocupación de aquella importante capital. En Diciembre fué enviado en unión de su hermano Don Miguel á la costa, y ambos batieron á los Comandantes París, Rionda, Afiorve y Cerro; en diversas acciones se hicieron dueños de toda aquella costa y dejaron establecido un fácil sistema de comunicaciones que no tenía que tener

ningún ataque de los realistas desde Zacatula hasta los confines de Chiapas; llamados por algunos días frente á Acapulco, el partido realista de la Costa Grande volvió á reanimarse y hubo necesidad de volverlo á combatir, operación que entretuvo á Don Víctor buena parte del año de 1813. Como jefe militar asistió á la ceremonia de la apertura del Congreso de Chilpancingo en Septiembre, y en seguida quedó encargado juntamente con su hermano Don Miguel, del cuidado de aquel Cuerpo, mientras se verificaba la expedición á Valladolid.

Encargado de defender el paso del Mexcala, se situó en el pueblo de este nombre y tuvo algunas escaramuzas con Armijo, que pretendía forzar el paso, pero éste, viendo las dificultades que se le oponían, dejó allí á Huber y él se dirigió seis leguas más abajo al rudo de Oapan y cayó de improviso sobre los insurgentes, que en vano se defendieron con tres cañones, (21 de Enero de 1814); Don Víctor todavía se defendió en Mexcala contra González, y hubo necesidad de que toda la división de Armijo marchase sobre él para que se consumase su derrota. El Congreso se vió obligado á salir de Chilpancingo, y aunque unidos Bravo y su sobrino Don Nicolás á Guerrero, pretendían arrojar á los realistas al otro lado del río, comprendieron luego que ésta era empresa imposible, dada la desmoralización que había entre los insurgentes. Para salvar el Congreso se unieron los expresados y Galeana en Chichihualco, pero nada hicieron de provecho al presentarse Armijo, y aunque todos echaron la culpa del desastre á Rosains, que mandaba en jefe, y aun Galeana le dijo que allí había sabido pelear con su ejército desnudo, parece que la culpa la tuvo el pánico que se había apoderado de los independientes, y que Rosains, por amor propio, fué el último que, acompañado de Victoria, se retiró del campo de batalla.

A las órdenes del Congreso permaneció Bravo durante todo el resto del año de 1814 y todo el de 1815, y cuando siendo ya imposible que aquél permaneciese en el Sur,

resolvió trasladarse á Oaxaca, Morelos recobró el mando superior y dictó una serie de disposiciones notables encaminadas á engañar á los realistas, Don Víctor ejecutó fielmente las órdenes que se le dieron, y entre ellas la de ocupar Apaxtla, pueblo que incendió, para entretener á varios jefes realistas, (31 de Octubre de 1815). Se batió en Texmalaca, lugar donde quedó prisionero Morelos, y siguió para Tehuacán, en donde permaneció muy poco tiempo, así como en la provincia de Veracruz, á cuyos puntos llegó con su sobrino Don Nicolás; vuelto al Sur se limitó á permanecer á la defensiva y únicamente en raras ocasiones atacaba alguna partida realista; se estableció en las orillas del Mexcala, que tan bien conocía, y allí permaneció varios años. La historia no vuelve á ocuparse de él, por lo que no puede decirse cuál fué su suerte definitiva; sin embargo, ese silencio puede interpretarse en el sentido de que continuó militando en las filas de la insurrección, pues si hubiera muerto en algún encuentro ó si se indultó, alguna noticia hubiéramos encontrado en las investigaciones que hemos hecho. Lo probable es que continuase como subalterno de Guerrero hasta que se realizó la Independencia y que entonces se retirase á su casa, una vez que le fueron devueltos sus bienes, sin volverse á mezclar en los asuntos públicos.



DON VALERIO TRUJANO.

No obstante que es Don Valerio Trujano una de las más simpáticas figuras de la guerra de Independencia, es muy poco conocido, y apenas se asocia su nombre al sitio de Huajuápám, que con tanta constancia supo sostener.

Nació en Tepecoaculco, hoy Estado de Guerrero, por 1760, de una familia de labradores tan poco acomodados que tuvieron que dedicar á su hijo á la arriería desde que éste era de corta edad; adquirió, sin embargo, algunos conocimientos, que se redujeron á leer, escribir y hacer algunas operaciones aritméticas. Con sus continuos viajes adquirió en propiedad una numerosa recua que lo sustentaba, pues hacía viajes desde Oaxaca y el Sur hasta Guatemala y la costa del Norte cargando cochinilla y cacao ó conduciendo ganado. Era muy formal en sus tratos y de una honradez á carta cabal, además de fervoroso cristiano, y por todas estas causas era bastante conocido en todo el Sur y tenía numerosísimas relaciones en él así como un conocimiento exacto de la topografía de aquella región.

Conoció y trató á Morelos cuando éste era también arriero, y lo estimó y respetó cuando ya fué sacerdote; muchas veces Trujano se desvió de su camino para ir á saludar á su antiguo compañero de caminos á su Curato de Nocupétaro, y en una de aquellas visitas el sacerdote, que ya estaba al tanto de las conspiraciones

para realizar la Independencia., habló de la idea al arriero, que no la recibió mal y que después de meditar en ella durante sus viajes acabó por adherirse completamente á ella, sin el entusiasmo de un joven pero con la tenacidad de un hombre del todo sugestionado y que estaba resuelto á sacrificar por ella sus comodidades y hasta su existencia. Cuando tuvo noticia del grito de Dolores comprendió que había llegado la hora de combatir y que no pasaría mucho tiempo sin que se le llamase, y á fin de encontrarse listo emprendió un viaje en el cual saldó sus compromisos, cortó cuentas con sus amos y corresponsales y perdonó deudas á los insolventes, reunió sus ahorros y vendió su recua, con cuyo dinero se procuró armas para la pequeña partida que iba á levantar. Sus deseos hubieran sido levantarse inmediatamente que supo lo ocurrido en Dolores, pero como entonces tenía algunas deudas, reflexionó que si se hacía insurgente entonces, podían creer sus acreedores que era un recurso de que se valía para burlarlos y esto repugnaba á su honradez; además, si acaso moría en la campaña, moriría con el remordimiento de no haber saldado tales deudas, y esto no cuadraba con la rectitud de sus principios.

Con diez y siete hombres se alzó en armas y desde luego empezó sus correrías con tanta fortuna y acierto que muy pronto se hizo notable por su valor y aumentó su fuerza, que casi siempre expedicionó por Oaxaca. Uno de sus primeros triunfos lo obtuvo sobre el realista Almanza, que caminaba de Veracruz para Oaxaca; Trujano lo alcanzó y al derrotarlo se hizo de cien fusiles que le fueron de mucha utilidad; en Tlapa se presentó á Morelos, quien lo envió á ocupar el pueblo de Silacayoapan, comisión que desempeñó satisfactoriamente, y en seguida, unido á Don Miguel Bravo, fué destinado á la misma Oaxaca; en Tecanextla se encontraron con París (2º de Enero de 1812) y aunque lo atacaron por dos puntos á la vez, se vieron obligados á retirarse, perdiendo el único cañón que llevaban; no abandonaron, sin embargo, la provincia, y se dirigieron á Yanhul-

tlán, en la Mixteca, donde atacaron á Régules, pero éste se fortificó en la Iglesia y el Curato y supo defenderse en tan pequeño recinto gracias á la solidez de esos edificios; retirados los insurgentes, Régules asumió la ofensiva, hasta que fué obligado á volverse á encerrar en el mismo pueblo, donde al fin habría tenido que capitular si Don Víctor Bravo no es llamado por Morelos para que concierriese al sitio de Cuautla. Régules antes de salir de Yanhultlán, donde fusiló á varios, mandó cortar las orejas á veinticinco Indios que hizo poner debajo de la horca, teniéndolos á la expectación pública durante todo el día.

Trujano, ya sólo, se situó en el camino de Cuicatlán, donde atacó y derrotó á Don Manuel Guendulain, rico mayorazgo de Oaxaca que había armado á todos los trabajadores de sus haciendas; Guendulain y muchos de sus sirvientes quedaron muertos en la acción y Trujano se apoderó de todas sus armas. En seguida se situó en Huajuápam, capital de la Mixteca, sabedor de que las fuerzas de Régules, en combinación con Bonavía y Caldeas iban á atacarlo; fortificó rápidamente algunos puntos y esperó al enemigo, que no tardó en presentarse el 5 de Abril. Trujano, aprovechando la oportunidad de haber ocurrido al tianguis del pueblo muchos individuos por ser día domingo, á ninguno dejó salir y á todos los incorporó á su ejército. Además, como le faltaba artillería, tomó las campanas de las torres y con ellas fundió tres cañones, las balas las suplió con piedras del arroyo inmediato y con balas de la dura madera llamada "palo de hierro." Los sitiadores se distribuyeron por el contorno de la población, dominaron á ésta por el Norte, donde está el cerro del Calvario, abrieron zanjás, emplazaron su artillería y á los cinco días rompieron el fuego sobre la plaza.

Memorable es por todos conceptos el sitio de Huajuápam y sólo puede ser comparado con el de Cuautla, y si se consiguó sostener tanto tiempo, se debió á la fe inquebrantable de Trujano y á sus asiduos desvelos. Al mismo tiempo que Gene-

ral era proveedor, médico y apóstol. Comenzó por almacenar todos los víveres, para lo cual le sirvió mucho una cantidad considerable de carne de chito (de chivo, frita en sebo para sacar éste) que se encontró en la colecturía: cada mañana hacía la distribución entre los vecinos y soldados, de manera enteramente equitativa. Estableció también una severa disciplina monástica que desde el primero hasta el último día, en medio de las sangrientas peripecias de un sitio de ciento catorce días, la fuerza de su voluntad y su ascendiente irresistible sobre el soldado, así como sobre el paisano, mantuvo exenta de la más ligera infracción. Estaba distribuido el tiempo como en un convento, y la mayor parte del que dejaban libres los deberes militares y los ataques de los sitiadores, lo dedicaban á la oración. Las oraciones se rezaban en común y en esa población privada de toda comunicación exterior, en medio de un pueblo ignorante de las alegrías de la vida, siempre en frente de la muerte, se conducían con el fervor del marinerero que implora la misericordia de Dios, su único consuelo, contra los furios de la tempestad. Gracias á estas extraordinarias, pero sabias disposiciones, el desaliento no cundió en aquellas almas perpetuamente ocupadas. Cuando los víveres escasearon ninguna mirada escrutadora podía sondear los vacíos almacenes, ninguna voz indiscreta podía anunciar el próximo ayuno, y era evidente que el sitio puesto por los realistas á Huajuápam no podía tener más que dos resultados: aplastar hasta al último de los sitiados ó ser levantado por los españoles.

Los ataques fueron frecuentes y en todos ellos quedó rechazado Régules, no obstante que en uno consiguió penetrar casi hasta el centro horadando varias casas; el realista recibió de Oaxaca nuevos refuerzos y dos cañones. Por medio de un atrevido indio, natural del pueblo de Noyó, consiguió hacer llegar una carta al padre Sánchez pidiéndole auxilio; éste y el Cura Tapia se pusieron en marcha con gran número de gente, abundantes víveres y nueve cañones, pero al acercarse á la plaza

el 17 de Mayo, Caldelas, que había emboscado su tropa en un palmar, los atacó de sorpresa y los desbarató tan completamente que Sánchez y Tapia escaparon con pocos á uña de caballo, perdiendo artillería y víveres. No quedaba á Trujano otra esperanza que Morelos y á él despachó el indio de Noyó, que otra vez consiguió salir de la plaza exponiendo á cada instante su vida al atravesar la línea de los sitiadores; sin embargo, pudo salir, y para avisar á Trujano su salida quemó desde una altura dos cohetes, según estaba convenido.

En Chilapa recibió el Generalísimo el aviso de Trujano é inmediatamente resolvió ir en auxilio suyo, reunió una división de 1,800 hombres mal armados y destacó á Don Miguel Bravo para que unido á los padres Sánchez y Tapia concurren al ataque, pero estos tres fueron derrotados por Caldelas, que les quitó su artillería, y no quedó más remedio que Morelos emprendiese el ataque. Se verificó el 13 de Julio y Trujano se encontraba en tan apurada situación que aquél precisamente terminaba una Novena que en honor del Señor de los Corazones, imagen muy venerada en Huajuápam, había hecho: cargó reciamente por el mismo punto por donde Morelos atacó, y tan bien maniobraron ambos, que no sólo quedó roto el sitio, sino levantado de una vez, destrozados los realistas, muerto Caldelas y en vergonzosa fuga Régules. Yahuitlán fué abandonado y los realistas tuvieron tal pánico que ni dentro de Oaxaca se creían seguros. Morelos quedó dueño de doce cañones, más de dos mil fusiles, muchas municiones, é hizo ciento sesenta prisioneros, que incorporó á su ejército ó envió á Zacatula. Trujano se apoderó de Yahuitlán y acabó de dispersar á los realistas; con sus tropas formó Morelos un Regimiento que llamó de "San Lorenzo," aludiendo á que había estado expuesto al fuego por todos lados, é hizo Coronel de él al mismo Trujano. El Generalísimo tenía abiertas las puertas de Oaxaca ni dos meses después de haber salido de Cuantla, cuando aún se decía en México

que estaba derrotado para siempre, pero no quiso por entonces ocupar la ciudad.

Volvió Trujano de Yanhuatlán á incorporarse al ejército de Morelos en Tehuacán, y algunos días permaneció en el Cuartel general ó haciendo expediciones cortas, pues tenía el encargo de impedir que los realistas de Puebla se proveyesen de víveres en las haciendas del rumbo de Tepeaca, y además, proveer á los insurgentes de Tehuacán. Hallábase ocupando á Tepeaca la división de vanguardia del ejército llamado del Sur, compuesto de algunos soldados de marina, batallón de Guanajuato y lanceros de San Luis á las órdenes del Teniente Coronel Don Saturnino Samaniego. Trujano, en desempeño de su comisión, llegó el 4 de Octubre al Rancho de la Virgen, situado entre Tepeaca y Tlacotepec; en la primera de las citadas poblaciones había cuatrocientos soldados realistas á las órdenes de Samaniego, y aunque el insurgente sólo llevaba cien hombres confiaba en que, como estaba convenido lo auxillaría Galeana oportunamente. En las primeras horas del día 5 Samaniego, llevando un cañón, cayó sobre el rancho, pero Trujano, aunque sorprendido, opuso una vigorosa resistencia que duró todo el día, hasta que Samaniego consiguió pegar fuego á la casa y tienda del rancho, con lo que obligó á los defensores del sitio á salir. Trujano consiguió ponerse en salvo, pero al ver que su hijo permanecía en la casa incendiada fué en auxillo suyo y encontró la muerte, pues fué derribado por dos balazos y quedó acribillado de heridas; también murieron dos de sus oficiales y bastantes insurgentes, dispersándose el resto. Samaniego, por su parte, recibió también una herida que lo dejó cojo para el resto de su vida, perdió unos ochenta hombres de los trescientos que llevaba, y se retiró al ver que llegaba Galeana. Llano, á su vez, enviaba refuerzo al realista, pero lo encontró cuando iba ya de retirada.

Los cadáveres de Trujano y de Gil fueron llevados á Tehuacán, donde Morelos los hizo enterrar con honores militares. Este jefe deploró siempre la pérdida de tan va-

liente Teniente por la inmensa falta que le hacía; en cambio los realistas se felicitaron de la desaparición de un enemigo tan temible. Todos los historiadores le han hecho justicia y en medio de la pléyade de hombres notables que rodearon al caudillo del Sur, la figura de Trujano no es de las menos notables.



DON MAXIMO BRAVO.

Fué el último de los hermanos Bravo que tomaron las armas, y aunque al lado de ellos sus hechos están oscurecidos, no por esta causa son menos merecedores de que se les dediquen algunas líneas siquiera.

Como todos ellos, tomó las armas en Mayo de 1811 en Chichihualco, de donde se dirigió á Chilpancingo y á Tixtla; cuando Morelos con el grueso del ejército insurgente salió rumbo al Norte, dejó en la primera de las citadas poblaciones á Don Leonardo y á Don Máximo Bravo, que quedaron encargados de la administración de la comarca; algunos meses después, que Don Leonardo fué llamado á tomar parte en las operaciones militares, Morelos, que sabía estimar el valer de cada hombre, dejó á Don Máximo en Chilpancingo como jefe de las armas, pero dedicado en realidad al gobierno de la ciudad y de sus contornos, tarea que Bravo desempeñó por muchos meses y satisfactoriamente.

No por esto, sin embargo, Don Máximo se creyó relevado de empuñar las armas cuando era necesario, y en consecuencia, en Marzo de 1812, después del sitio de Cuautla vió que el jefe realista Cerro se iba haciendo peligroso en la Costa Grande y decidió atacarlo, pero habiendo sabido que Añorve había reforzado á aquél, comprendió que no se podía sostener en la población y la abandonó, refugiándose en su hacienda de Chichihualco, donde no osaron atacarlo los realistas; roto aquel sitio,

aquellos dos jefes españoles, que momentáneamente habían permanecido en Chilpancingo, creyeron, como todos, que Morelos se había hundido para siempre y que era tiempo de ayudar á la reacción realista que se observaba en el Sur; en consecuencia, amagaron á la población, pero Bravo, que ya se había hecho de algunos recursos, tomó la ofensiva y se dirigió sobre Tixtla, que abandonó Cerro; Acorve á su turno trató de retirarse por Cítlala, pero Bravo, que conocía perfectamente el país, y que aunque inferior en grado á los jefes de las inmediaciones, les dió tan acertados consejos que éstos se apresuraron á seguir, consiguió que por diferentes puntos cargasen Don Julián Ayala por Petaquillas, Galeana por Cítlala, el Cura Tapia por Tlapa y el mismo Don Máximo por Chichihualco, mientras Morelos pasaba tranquilamente en balsas el río cerca de Tlacosoutitlán. El resultado de esta hábil combinación fué que los dos jefes realistas fueron batidos en detall, perdiendo su infantería, muchas armas y prisioneros y que tuvieron que refugiarse en Ayutla y Palizada, mientras Morelos llegaba á Chilapa el 5 de Junio, un mes y tres días después de haber salido de Cuautla.

Bravo permaneció en Chilpancingo todo el resto de 1812 y durante 1813, no habiéndose movido sino hasta fines de ese año, en que por la expedición de Valladolid tuvo que concurrir a la operación del paso del río por todo el ejército insurgente; después de la derrota defendió el vado de Mexcala, pero fué batido por Armijo, así como su hermano Don Miguel, regresó á Chilpancingo y permaneció allí y en Chichihualco procurando sofocar la reacción realista de la Costa Grande, problema cada día más difícil, por la presencia de tanto jefe realista como pasó el río y combatió á los insurgentes; ayudó á escoltar al Congreso á Tehuacán, y en esa comisión estuvo en la acción de Tezmalaca, en que cayó prisionero Morelos. A su regreso de esa ciudad permaneció en el Sur en diferentes lugares á las órdenes de su sobrino Don Nicolás, y cuando éste cayó prisionero

ro y les fué embargada la hacienda, se internó en lo más profundo de la sierra y allí permaneció sin que nadie se atreviese á irlo á buscar. Combatió á las órdenes de Guerrero algunas veces, en el transcurso de los tres años de 1818 á 1820, y cuando Iturbide proclamó la Independencia ya no concurrió á su llamado, á pesar de que Don Nicolás lo invitó; volvió á la histórica hacienda de Chichihualco, que estaba completamente arruinada, y allí se estableció y permaneció los últimos años de su vida, sin presentarse á la Junta de recompensas y sin querer vivir en México, no obstante las instancias que aquél le hacía.

Según la tradición, el último de los Bravo falleció en Chichihualco, por el año de 1835, dejando como único heredero á Don Nicolás Bravo, que fué el postrer representante de esa raza de héroes, cuyas hazañas son repetidas con orgullo por todos los mexicanos